



Desde que tuve la suerte de leer hace ya muchos años los vertiginosos apuntamientos de 'Últimas anotaciones de Thomas F. para la humanidad', de una ironía desesperada ya desde el título, considero al noruego Kjell Askildsen un narrador de categoría, uno de los cuentistas de referencia de la literatura contemporánea, como observador notarial, y al tiempo portador de una carga de profundidad sobrecogedora, de nuestras miserias, de nuestro desamparo en un mundo falto de sentido como «un vasto y desierto paisaje», conque celebro que ahora se halla reunido la totalidad de su obra breve en 'No soy así' (Nórdica).

Su cuentística elusiva responde a la teoría del iceberg de Hemingway: lo que no se dice, a menudo inquietante,

condiciona por completo el sentido del relato. Por tanto, es partidario del valor decisivo, al margen de una cortesía para el lector y prueba inequívoca de respeto hacia su inteligencia, en la literatura, en el arte en general, de la elipsis, tan olvidada en los tiempos narrativos y cinematográficos que corren. Principio elemental que ignoran quienes escriben con afán comercial y desprecio absoluto a lo que no sea embaucar con obviedades, redundancias o intrigas que no necesitan ningún esfuerzo intelectual. Lo que pasa es que este tipo de literatura, esta literatura, vaya –lo otro triunfante, circunscrito al entretenimiento y a la banalidad, no creo que sea ni por asomo–, requiere un lector atento, que no se limite a engullir algo masticado y deglutido como pueril papilla mental.

## UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN  
HERRERO



Las historias entrevistas de Askildsen hurgan en las zonas oscuras de la psique. Apparentemente tratan, con un aire en cierto modo carveriano, «los problemas que suele tener la gente», pero de fondo siempre permanece, perturbadora y desasosegante, esa especie de metafísica bergmaniana, tan peculiar, tan escandinava. «Escribo sobre los aspectos sombríos de la vida», declaró el autor. Que también manifestó que procuraba poner, y en efecto así es, «al desnudo debilidades de mis personajes, simplemente para que sean creíbles». De ahí que en su manera de actuar prime el fingimiento como máscara de lo instintivo, toda vez que saben, como el Lazarillo, que aun instalados en el bienestar, tienen que valerse por sí mismos y que los demás, hasta los más cercanos o sobre todo estos, cuyo roce pro-

voca malestar, son enemigos en potencia: una visión muy dura y a la vez fiel, con precisa frialdad nórdica, de la sociedad deshumanizada en la que nos encontramos.

«La vida es dura, no hay quien la aguante», objeta otro personaje, para el que, como para muchos, la extrañeza del mundo nunca se cura. Lo mismo le sucede al que se lamenta de que «la vida exige lo suyo» o al que apostilla que «el mundo se ha vuelto muy deprimente». El caso es que para ahuyentar la espantosa soledad interior del hombre contemporáneo ante el prójimo y en relación al absurdo de la existencia, conversan entre sí, y mucho, pero al cabo no es sino cháchara y el instinto de conversación responde simplemente al raigal instinto de conservación, «duro de roer». Una tendera que le lleva comida al anciano Tho-

mas F. evoca así a su padre: «Hablabas siempre mal de la vida, pero nunca he conocido a nadie que se esforzara tanto por conservarla».

En otro orden de cosas y con un estilo menos lacónico y tajante, tendente al lirismo, la misma crudeza sin paliativos se desprende de 'El año del hambre' (Libros del Asteroide), opera prima del finlandés Aki Ollikainen (1973), novela histórica –se sitúa en el catastrófico, para su país, invierno de 1867– muy premiada y muy original, alejada de las recreaciones facilonas en boga. La verdad es que casi nada conozco de narrativa en finés, pero en lo poco, pongamos Arto Paasilinna, cabe destacar también una singularidad que no se olvida. Ollikainen tiene rasgos de la desbordante imaginación surrealizante, medio onírica, de éste, pero su estilo, de

# INSTINTO DE CONSERVACIÓN

## Cuando la vida exige lo suyo

Supervivientes de un terremoto en la provincia china de Sichuán en 2008 hacen cola para obtener comida. :: ODED BALILTY



**NO SOY ASÍ**  
Kjell Askildsen, *Nórdica*,  
318 pp., 19,50 €.



**EL AÑO DEL HAMBRE**  
Aki Ollikainen, *Libros del Asteroide*, 136 pp., 18,95 €.



**EL EXPEDIENTE DE MI MADRE**  
Andrés Forgách, *Anagrama*,  
384 pp., 19,90 €.



**UN AÑO EN SAND COUNTY**  
Aldo Leopold, *Errata Naturae*,  
368 pp., 21 €.

concepción filmica, se caracteriza por una mezcla explosiva de brutalidad primaria, bien es cierto que por mor de las circunstancias, y toques frecuentes de lirismo, con símiles muy brillantes diseminados por todo el texto, sobre todo en lo relativo al paisaje, presente ya en la portada: una trailla de trineos tirados por renos que perdidos, parece, en la inmensidad de la taiga, remontan el río Ivalo helado.

La novela se mueve, mediante un ensamblaje de fragmentos, en dos planos: por un lado, el de una infortunada familia de pobres de solemnidad, que desde el norte del norte, acuciados por la desesperante hambruna huyen por la tundra helada, frente a la cellisca, sorteando ventisqueros, contra «un aire glacial cual hambrienta manada de lobos» hasta que las fuerzas les fallan, pues no sabemos si su

afán de supervivencia, su instinto de conservación podrá o no con todo; por otro, el de unos médicos, un senador y su ayudante, en representación de la clase acomodada o dirigente que no sabe cómo hacer frente a la crisis humanitaria y se siente culpable, con el país lleno de hordas de desarrapados, pedigüenos, menesterosos, limosneros y vagabundos que sobreviven a la intemperie, de la caridad. Un campesino resume la angustiosa situación: «Los que no tienen pan, se han echado a los caminos». Pero el propio senador, impotente ante la hecatombe, acude a la luz de la esperanza: «Hemos sobrevivido a la peste y a la guerra, así que superaremos también este año».

A modo de colofón de esta peculiar novela finlandesa, la editorial cita unas palabras de Miguel Hernández: «El ham-

bre es el primero de los conocimientos: tener hambre es la cosa primera que se aprende». En verdad lo preeminente desde el principio es satisfacer el instinto de conservación. A ello se atiene en su buceo en el pasado familiar, respecto a su progenitora, Andrés Forgách en 'El expediente de mi madre' (Anagrama), con el miedo como detonante –la retrata como una «verdadera experta en asuntos de miedo»–; tal vez sus pecadillos o puntos débiles: «Asuntos desordenados de dinero», «turbias desviaciones de sus hijos»; acaso también la lealtad a su marido enajenado, al que releva como colaboradora secreta del régimen comunista húngaro, «insensato e incorregible», al que el autor llama «dictadura burocrática corrupta y mezquina», labor que su propio hijo nunca sospechó y que descubre a través de un chivata-

**«Los cuentos de Askildsen responden a la teoría de Hemingway: lo que no se dice condiciona el relato»**

**«'Un año en Sand County', de Aldo Leopold, es un manifiesto de la ética de la tierra»**

zo sobre documentos desclasificados que le afectan.

A la luz de esta revelación revisa la biografía de sus padres, «habitantes de ninguna parte», si bien fueron militantes convictos y confesos del Partido, y episodios de su vida cuya naturaleza le había pasado inadvertida. Un ejercicio de autoficción del que se trasluce buena parte de la Historia del Este de Europa y de los judíos durante el siglo pasado, convertido en éxito internacional, pues siendo el original del año pasado ha sido traducido a numerosas lenguas. No es de extrañar, ciertamente, pues se trata de una lectura absorbente en grado sumo y que al tiempo procura reflexión mediante cierta complejidad hipotáctica en algunos tramos, que se agradece, toda vez que parece haberse instaurado la superchería de que para que una narración

fluya debe sujetarse al principio machacón de oración simple y punto y seguido al estilo norteamericano más elemental. Además Forgách, que tiene una sana predilección por los aforistas, intercala los informes confidenciales antes secretos, cartas de sus progenitores e incluso poemas.

En su maravillosa colección, sin desperdicio, 'Libros salvajes', casi todos los volúmenes ejemplos de pervivencia y de superación en un medio natural hostil con el que no se entra en colisión ni se destruye, Errata Naturae trae al español 'Un año en Sand County' del heraldo del ecologismo Aldo Leopold, manifiesto programático de la ética de la tierra, defensa a ultranza, siempre hacia la relación armónica del hombre con cuanto lo rodea, del conservacionismo y la gestión medioambiental, desde la protección de las aves migratorias a la ordenación de pastos y cuencas hidrográficas, por lo que dedica sendas sentidas elegías a los humedales y a las palomas torcaces.

La parte del libro, ilustrado espléndidamente por Charles W. Schwartz, que le da título, contiene sus impresiones anuales, mes a mes, en una cabaña de las planicies arenosas de Wisconsin en la que Leopold –que prefiere el apunte natural al alarde erudito aunque a cuenta de las grullas nos remita a los halcones gerifaltes con las que las cazaban el emperador Federico y el Kublai Kan, según testimonio de Marco Polo, así como al especialista sueco Bengt Berg, que las siguió hasta África– pasaba los fines de semana. El autor, aparte de experto ornitólogo y botánico, guarda forestal, pescador y cazador, azeado paseante, apunta siempre hacia el misterio de la madre naturaleza, interpreta huellas y rastros, escucha a los árboles y a los ríos, trata de pensar como la montaña a la búsqueda de las «simplicidades elementales», inigualables, que proporciona la libertad absoluta del campo no sometido al «ocio mecanizado» o a la sobreexplotación agropecuaria. Cuando cita al pionero naturalista John Muir aboga por «la compasión hacia lo natural, lo salvaje y lo libre». Cómo disfruta, con qué delectación, de las costumbres de los animales y las peculiaridades de las plantas, lo mismo da en La Sierra Madre que en el delta del Colorado, en Utah, Iowa, Illinois u Oregón. Una gozada. Pero también nos alerta ya del peligro de las quemadas y las indiscriminadas por parte de los granjeros, porque, más allá del instinto de conservación de la especie, hemos entrado con los adelantos mecánicos y técnicos en una fase destructiva en la que está en juego la supervivencia de nuestro planeta.